

M-D-14-2
544
II

BOLETÍN

===== DE LA

MASONERÍA DEL URUGUAY

PUBLICACIÓN OFICIAL

=====

TRIMESTRE ENERO - MARZO - AÑO 1938

7



A. L. G. D. G. A. D. U. R.

BOLETÍN DE LA MASONERÍA DEL URUGUAY

PUBLICACIÓN OFICIAL

ENERO-MARZO DE 1938

MÚMERO 1

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

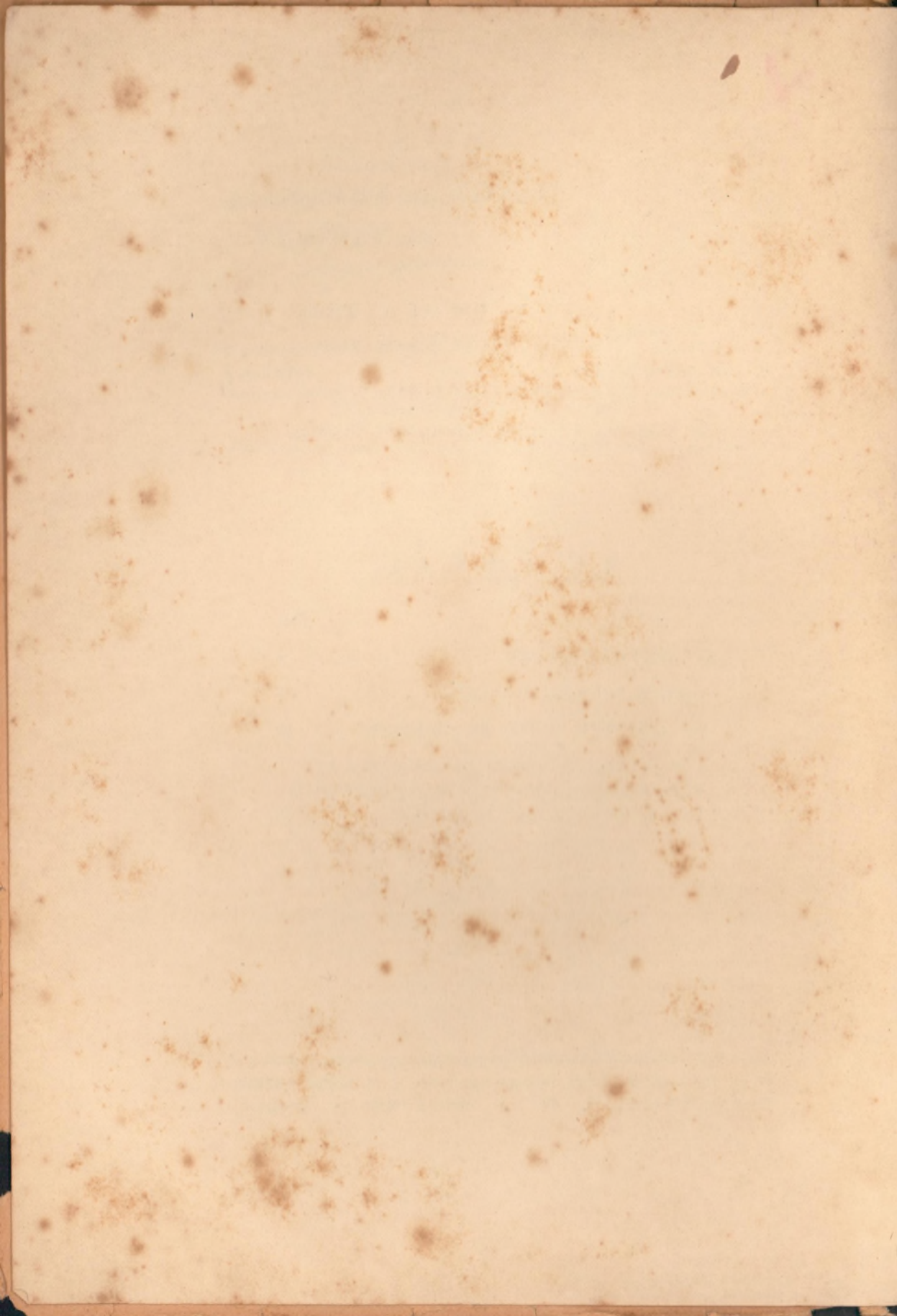
Dr. Duvimioso Terra, 1481 - Montevideo (Uruguay)

S U M A R I O:

	Pág.
A MANERA DE SALUDO	3
AMÉRICA PARA LA HUMANIDAD	6
UNA LIBERTAD DIFÍCIL DE ADQUIRIR	16
LA HISTORIA. SU VALOR FORMATIVO E IN- FORMATIVO. SUS ERRORES Y LAS PROYECCIONES QUE TIENEN LOS MISMOS	22

Director, Redactor responsable: Z. A. LÓPEZ VIDAUR
Dr. Duvimioso Terra, 1481 - Montevideo - Uruguay





A MANERA DE SALUDO

NUESTRA POSICIÓN

Este Boletín, órgano oficial de la Masonería del Uruguay, además de procurar ser un elemento de vinculación para la Institución y un mensaje de afecto y cordialidad para todos los Hermanos, tiene otra finalidad: recordar la pureza de nuestros ideales, la rectitud y honestidad de nuestra conducta e intenciones. A tal fin, trataremos de que nuestra palabra adquiera, en todos los casos, la serenidad necesaria para el logro de nuestros propósitos.

Casi desde los albores de la humanidad, en lo relacionado con el pensamiento, los hombres se han agrupado en torno de dos tendencias, perfectamente distintas y antagónicas: los que no admiten el libre examen de sus creencias, porque las suponen exactas, inatacables, y los que piensan que la verdad de sus doctrinas no es absoluta, es perfectible, modificable, y, por consiguiente, aceptan el análisis y discusión de ellas.

Parece talmente, que ambas posiciones del espíritu humano correspondieran a dos tipos de organización mental distinta, en que sería posible clasificar y dividir a los hombres. Tal vez, en un plano superior, ambos tipos sean necesarios. Es posible, que la intransigencia de uno de ellos y la amplitud y tolerancia del otro llenen cometidos y funciones esenciales en la vida. Cuando las dos posiciones son sinceras y conscientes, porque están connaturalizadas con lo más íntimo de quien las adopta, nos merecen respeto. Lo que es de desear es que cada hombre analice la posición que ocupa frente a este problema, con el exacto y preciso conocimiento, hasta donde él es posible, de los caracteres y consecuencias que cada una de estas maneras de pensar han significado y significan para la Humanidad. Lo peligroso es

adoptar una posición espiritual sin conocer sus consecuencias ni su alcance, o ignorando que existe otra; la determinación que así se tome está viciada en su origen por ignorancia, no es totalmente libre y consciente y hasta puede estar en oposición con la propia naturaleza del sujeto que la adopta.

El hombre no ha podido, a pesar de sus esfuerzos a lo largo del tiempo, alcanzar la Verdad. Todos nuestros conocimientos tienen una relatividad que hace que los conceptos cambien y evolucionen. El mismo rigorismo de los métodos científicos solamente nos permite alcanzar una verdad relativa, inmediata, de valor práctico, necesaria para el progreso y el triunfo de la vida.

Los grandes pensadores que aparecen en la historia de la humanidad, cerebros privilegiados, intuitivos geniales, que forjan las diversas doctrinas, merced a la organización clarividente de sus espíritus, construyen verdades "a priori" que durante algún tiempo nuestra mentalidad acepta como tales; después de cierto lapso, nuevos conocimientos que la humanidad adquiere, o la aparición de un espíritu más sutil y rígido en el análisis, evidencian los errores que aquéllas encerraban. Y nuevamente, en su eterno devenir, surgen otras doctrinas. Tal es, sintéticamente, sin eufemismos y con toda crudeza, lo que acontece en lo filosófico, en lo moral, en lo religioso, en lo político, en lo económico, en lo científico.

¿Quiere decir ésto que debemos desesperar de que el Hombre alcance la verdad que ansía y necesita? No nos creemos capacitados para contestar esta pregunta; no somos escépticos, pero tampoco dogmáticos.

El solo planteamiento de este estado de cosas, nos lleva a la única posición que juzgamos aceptable: respeto y tolerancia para todas las ideas; inquietud y movimiento orientados en la búsqueda de la Verdad.

Tales son los principios que estructuran nuestra Institución; no solamente desde el punto de vista ideológico sino también consagrados en lo real, positivo y sustancial de nuestra organización: Constitución, Leyes y Reglamentos. Esas normas han sido elaboradas en el transcurso de los

siglos por hombres que presintieron en algunos casos por intuición propia, en otros por el análisis frío y sereno de toda la angustia y todo el dolor que ocasionaron a la humanidad la intolerancia en el pensamiento y en la acción, y los regimenes de gobierno inspirados en la misma.

Quizá por eso, esos hombres, se agruparon, construyeron y dieron forma orgánica perfectamente definida a la institución masónica.

Esta es la posición de la Masonería en el pensamiento universal.

Todas las colaboraciones que se publiquen en este Boletín tendrán ese sentido y orientación.



AMÉRICA PARA LA HUMANIDAD

LOS PROBLEMAS SOCIALES GEOGRÁFICO- ECONÓMICOS Y EL PORVENIR DE SUD-AMÉRICA

I

No escapa ya a ningún espíritu siquiera elementalmente observador la oposición de fundamentos de conciencia y, aún, de subconciencia, que se señalan ilevantablemente entre los procederes europeos y los americanos, y, quizá y ante todo, con los sudamericanos.

A regímenes evidentemente caducos, en pleno proceso regresivo, que aún en el caso de las naciones más próximas espiritualmente en la actualidad a nuestros sentimientos de solidaridad humana, —como se nos presenta en estos instantes Inglaterra, Francia y el conjunto o “Block” escandinavo de Suecia, Noruega, Dinamarca y Finlandia,— culminan sus acciones en “*acuerdos de caballeros*” en los que la caballerosidad invocada, —verdadero antifaz político,— no impide la anulación de la libertad ni la apropiación del bien ajeno, opone América, —e insisto: mejor aún, Sud América,— un régimen de comprensión y cooperación que se inicia desde los albores de la Independencia con el Congreso de Panamá de 1826 y que no ha cesado de perfeccionarse hasta alcanzar hoy la enorme e inconcebible victoria, —(inconcebible, claro está, para las mentalidades europeas hoy de acción preponderante),— que se condensa en la fórmula: “La victoria no da derecho al vencedor a la conquista territorial de la propiedad del vencido”.

Pero, se dirá, —y con razón,— qué obstó entonces para que si aquel propósito era una realidad espiritual en quienes, todopoderosos en aquellos instantes en el Continente Hispanoamericano, no llegara a serlo también en lo material?

Tres elementos obstaron a su materialización.

El impedimento físico-geográfico que aislaba materialmente a los distintos grupos de población, no ya de los aborígenes, sino, también, de los más capacitados en instrucción y educación;

La educación incipiente, —cuando no la inexistente,— de la mayoría de los dirigentes, hombres de acción pero no de dirección, incapaces, en general, de comprender el alcance futuro de la solidaridad fraternal del continente; y

El aislamiento, —y consiguiente desconocimiento mutuo,— a que obligaba el régimen legal español a las poblaciones de las diferentes divisiones administrativas, —futuras naciones hispano-americanas,— aislamiento que llegó a convertirse en verdadera oposición y agresividad.

No es necesario ahondar cada una de esas tres afirmaciones. La historia sincera nos muestra que su influencia fué tan evidente que no necesita siquiera comentario.

Pero si esas verdades no necesitan demostración ni comentario, cabe, sí, una referencia a la acción negativa que, pese a la tendencia inmanente existente en todas las conciencias americanas, produjo, ella sí, en forma señalada, la prolongación en el tiempo del instante en que debiera producirse la eclosión de la fraternidad americana. Fué ese un hecho natural por más que fuera dolorosamente indesplazable.

A la deficiencia de educación directiva-social de los caudillos que se constituyeron en cada agrupación étnica emancipada en estandarte y finalidad, —defecto que ya era de por sí bastante,— se agregó, comprensiblemente, otra eclosión, por cierto bien lamentable; la del amor propio localis-

ta que olvidando el origen común, no ya el humano sino el social y de linaje, dió nacimiento a una literatura y a un régimen de educación basados en el concepto de la superioridad local de cada país, o de cada agrupación social o de cada caudillo, y en el desconcepto de esos mismos valores en los demás caudillos, grupos sociales o naciones.

Cien años duró esa agresividad desconcentante entre hermanos que se despreciaban merced no sólo a un afán incomprendible de elevar lo bueno aunque fuera malo en detrimento de lo demás aunque fuera bueno o aún mejor que lo propio, sino, también, gracias al perfecto y absoluto desconocimiento mutuo en que España nos mantuvo y dejó. Y los literatos palaciegos —primeros en surgir siempre en estos casos,— y los autores y didactas, —en especial los historiadores y los geógrafos,— ocultaban cuidadosamente las verdades históricas o geográficas cuando ellas podían desmerecer el erróneo concepto de la grandeza propia artificialmente creada, por una parte, merced a la ignorancia ajena o en la simulación de virtudes y valores en los allegados, —personas o regiones,— y, por la otra, en la negación terminante de aquellos valores o virtudes en las personas o regiones ajenas por grande que fuera su valor material o cívico, ya fuera o se refiriese a los hombres, los pueblos o las Patrias.

Se creó así, en una entidad continental única en el Mundo por su comunidad de origen, lengua, educación espiritual y tendencia política, un sentido de agresividad latente y poderoso, al confundirse, como se confundieron, las necesidades y aspiraciones de los pueblos con la satisfacción de los apetitos de sus caudillos regionalistas que sucedieron a los grandes capitanes emancipadores.

Pero, pese a esa realidad recién señalada, innegable y penosa realidad, el germen que sembraron desde el Congreso de Panamá Bolívar o Monteagudo, —a quien se atribuye su inspiración pero que no alcanzó a intervenir en

él,— fructificó, penosa, raquíticamente, pero fructificó. Aquel Congreso fué seguido por otras manifestaciones similares especialmente desde el Perú. Y, —justo es decirlo pues es honroso,— pese a que a cada iniciativa siguió un rotundo fracaso, Sud América reincidía en su fe.— Y es que tras de la derrota sustancial de cada instante, quedaba, anhelante, en la subconciencia americana, el germen esperando de la victoria final.

Y en 1881 los Estados Unidos programaron la política que hoy se conoce por "*panamericanismo*" pero recién en 1888 aquella iniciativa tuvo sanción parlamentaria autorizándose la celebración de la 1ª Conferencia Interamericana que se realizó en Wáshington en 1889. Contemporáneamente, en Sud América, por iniciativa de los gobiernos oriental y argentino invitaron a las demás repúblicas sudamericanas a un Congreso Jurídico que se realizó en Montevideo desde el 25 de agosto de 1888 al 18 de febrero de 1889. ¿Fué la realización de ese Congreso sudamericano la causa que provocó la del Interamericano de Wáshington en 1889? Sin negarlo ni afirmarlo cabe decir que es de esa década que datan los Congresos Interamericanos, el séptimo de los cuales se realizó en Montevideo a fines de 1933 debiendo el VIII y próximo verificarse en Lima a fines del año corriente. Cada uno de esos Congresos señala una más amplia tendencia a la fraternidad americana, una más clara comprensión mútua, una mayor franqueza de procedimientos, una mayor similitud en los procedimientos sajón-americanos y latino-americanos, y una más definitiva voluntad de resolver, entre americanos, nuestros propios problemas, no como enemigos sino como hermanos, no para crear, tampoco, un nuevo Derecho Internacional americano en oposición al europeo sino, tan sólo, para ajustar sus normas comunes a nuestras idealidades y propósitos.

Basta enunciar del temario del próximo VIII Congreso aquellos temas a tratarse que tienen relación con nuestro ensayo para comprender su posible enorme alcance social:

Inicia el temario, como para que no exista duda alguna respecto a su importancia la "*Declaración con respecto a*

la doctrina americana" (insisto en que es "sudamericana") de no reconocimiento de los territorios adquiridos por la fuerza", y eso, nada menos que en el preciso instante en que las dos democracias europeas (la monárquica inglesa y la republicana francesa) se inclinan y aceptan como hechos consumados e irreparables precisamente el reconocimiento de territorios adquiridos por la fuerza. Pero no se detiene ahí el importante temario. Se agrega otra proposición sobre "Uniformidad de los principios que rigen la adquisición de la soberanía territorial en el Derecho Internacional Americano" y se complementan tan auspiciosas iniciativas con los temas "Perfeccionamiento y coordinación de los instrumentos interamericanos de paz, inclusive los tópicos sobre investigación, conciliación y arbitraje, Código de paz, definición del agresor, sanciones y fortalecimientos de los medios de prevención de la guerra", "Creación de una Corte Interamericana de Justicia Internacional" y de una "Liga de las Naciones Americanas", y se culmina ese extraordinario programa de preparación de la paz continental con esta Declaración: "Los Miembros de la Asociación de Naciones Americanas reafirman el principio tradicional del Nuevo Mundo —aprobado por la Primera Conferencia Internacional de Estados Americanos e incorporado posteriormente a la declaración colectiva del 3 de agosto de 1932— a la convención sobre derechos y deberes de los Estados aprobada por la VII Conferencia Internacional de Estados Americanos, de 1933, —es la de Montevideo,— y al pacto antibélico argentino de 1933, según el cual la fuerza NO CREA DERECHOS, las cuestiones territoriales NO PUEDEN ser resueltas por el empleo de la violencia y no debe acordarse valor jurídico alguno a las adquisiciones territoriales o a las ventajas de cualquier otra especie obtenidas por la fuerza o por cualesquiera otros medios de compulsión directa."

No es éste, por cierto, el momento de señalar ciertas discrepancias o contradicciones que aparecen evidentes entre diferentes puntos del temario, tales como la determinación del "país agresor", tan difícil y que para eludirlo ha conducido a la aberración actual de que las guerras más violentas y crueles, —e injustas,— carezcan de definición de

iniciativa agresora porque las hostilidades se cumplen sin previa declaración de guerra, y, en oportunidades, hasta con mantenimiento de las relaciones diplomáticas entre los beligerantes. No; no es ese nuestro interés del momento. Bástenos decir que en ese mismo temario que acabamos de enunciar está el remedio de esa aberración pues si se aprueban las proposiciones tendientes a negar el derecho de adquisición por la fuerza, la condición de agresividad carecerá de toda importancia.

Dejemos, pues, la aclaración o comentario del temario para otra oportunidad y digamos que si a esa ya enorme esperanza de armonía continental se agrega la manifestación hecha pública por el actual Presidente de los Estados Unidos de Norte América en el sentido de poner su fuerza formidable al servicio de América toda, si, en cambio, América toda le ofrece a los Estados Unidos su concurso moral y material, se comprenderá cuán positiva puede y debe ser la esperanza de un porvenir unificado americano, capaz de ser un ejemplo definitivo, sin igual hasta el presente, en el mundo entero, —(como ya lo es, ciertamente, bajo ciertos limitados aspectos),— y de convertir en realidad esa frase esperanzada que en estos días, en las rememoraciones escolares del *Día del Pan-americanismo*, hemos oído todos de tantos labios infantiles: "AMÉRICA PARA LA HUMANIDAD".

Anhelo ferviente de paz y de felicidad, su realización sólo ha de poderse alcanzar por etapas. Es demasiado hermoso el plan y demasiado distinta la orientación mental de las muchedumbres integrantes de los diferentes estados sociales de las conciencias regionales de los diversos continentes para que su principio de realización mundial esté cercano. Pero cabe, sí, su iniciación parcial; continental, diremos. Y nada mejor que Sud América para iniciar tan humanitaria empresa. No es, por cierto, que aspiremos al aislamiento de nuestra porción continental de la de los hermanos del Norte. De ninguna manera! Pero es que es necesario comenzar por lo que por razón de raza, lenguaje y espíritu, está más cerca de nosotros y configura, además, la solución de un problema económico-social indesplazable.

Pero, ¿existirá alguna posibilidad para que estas naciones latino-americanas y sus hombres, aislados, puedan favorecer aquella acción de Estado que se condensa en el temario a que acabamos de referirnos? Sí; así lo creemos firmemente.

Nuestro continente sudamericano, —amén de las doctrinas y proposiciones de que recién se ha hecho mención,— ha llegado a la definición y aceptación de sistemas ni siquiera esbozados en otros ambientes de mayor cultura general.

Indiqué antes como una de las causas graves, —(hija, sin duda, de la ignorancia ingenua de nuestros mayores),— de aquellos desconocimientos y agresividad continentales de nuestro primer siglo de existencia institucional, a los didactas y escritores, geógrafos, historiadores y literatos, —(notoriamente los *panegiristas* interesados en destacar méritos donde no existían o en negarlos a quien los tenía en beneficio de quien no los poseía),— carentes de la altura moral y mental necesaria para decir la verdad y, sobre todo, para admitirla.

Nada será posible hacer con o contra esos últimos culpables (los *panegiristas*), ya que es planta que fructificará siempre, hay que reconocerlo, por lo menos dentro de su modalidad y acción circunstancial. Pero en lo que se refiere a los didactas, la reforma ya está auspiciosamente en marcha y ha tomado forma en una serie de "*Normas*" y "*Proposiciones*" dictadas en el Brasil y la Argentina que sucesivamente fueron siendo adoptadas por los demás países sudamericanos hasta que en el II Congreso Internacional de Historia de América celebrado en Buenos Aires a mediados del año ppdo., fueron aceptadas continentalmente y, mediante su aplicación desaparecerán, —(han desaparecido ya casi en general),— aquellas agresividades y desconocimientos mutuos imperantes hasta hace tan pocos años en los textos rituales de los Institutos de Enseñanza Sudamericanos y que sólo persisten aún, sin duda por breve tiempo, en aque-

llos escritores aislados que todavía no han conseguido sustraer sus espíritus a las directivas ancestrales o que aún confunden simulación de grandeza moral con ostentación de potencialidad material.

Reducidas a sus titulares, —de lo contrario este ensayo adquiriría desmesurada extensión,— aquellas “*Proposiciones*” argentinas y “*Normas*” brasileñas, hoy, todas felizmente, sudamericanas,— se enuncian así:

Las “*Proposiciones*” argentinas: a) Para la Enseñanza de la Historia:

- 1º *Criterio de la realidad y necesidad de la convivencia internacional americana;*
- 2º *Criterio de comparación;*
- 3º *Criterio de veracidad.*

b) Para la Enseñanza de la Geografía:

- 1º *Criterio de la realidad geográfica;*
- 2º *Criterio de comparación;*
- 3º *Criterio de veracidad.”*

Las “*Normas*” brasileñas: a) Para la enseñanza de la Historia:

- 1) *Generalidades;*
- 2) *Cordialidad;*
- 3) *Solidaridad;*
- 4) *Idealismo;*
- 5) *Americanismo;*
- 6) *Veracidad.*

b) Para la Enseñanza de la Geografía:

Los compendios de geografía deberán contener las estadísticas oficiales más modernas y establecer siempre una noción aproximada de la riqueza y capacidad de la producción de los Estados extrajeros.”

UNA LIBERTAD DIFÍCIL DE ADQUIRIR

Fuera de dudas, la vida humana se ha ennoblecido y ha adquirido conciencia clara de su dignidad y valor a medida que el concepto de libertad, un tanto proteico y difuso, precisaba y extendía su contenido de respeto para la persona y la conciencia de los hombres.

Pero hay un aspecto de la libertad interior que no es un don que pueda conseguirse por mandato o imperio de leyes o decretos sino que sólo lo alcanzan en mayor grado quienes realizan esfuerzos para merecerla.

Nuestra libertad interior no es ilimitada; al formular cada uno de nuestros pensamientos o juicios, un gran número de colaboradores ocultos influyen en nosotros sin que lo sepamos.

Al adherirnos a tal o cual creencia o al sustentar determinada opinión, creemos que procedemos por libre y espontánea decisión, y, no siempre eso es cierto.

La herencia recibida de nuestros padres, nuestra constitución física, las variantes que experimenta nuestro equilibrio fisiológico, las alteraciones en el quimismo interno, la armonía o desarmonía de las secreciones endocrinas, los hábitos adquiridos, las influencias del medio en que el azar del nacimiento nos ha colocado, y muchos elementos más contribuyen en gran parte a determinarnos.

¿Hasta dónde nuestra personalidad, superándose, lucha con ventajas contra todas estas influencias que nos envuelven y nos asedian?

No lo sabemos exactamente, pero basta conocer los límites de nuestra libertad y el determinismo interno y externo que la condicionan, para aprender a ser indulgentes y tolerantes con las opiniones ajenas, suavizar la severidad de

nuestros juicios y también ser circunspectos en nuestras expresiones.

Fundamentalmente, dos grandes grupos de factores estructuran el pensamiento, la conducta y la acción de cada unidad humana: la herencia y el medio.

La herencia, mezcla cambiante y distinta en cada ser de todos los caracteres en potencia de nuestros antepasados, cuyo alcance y exacto significado en el plano directivo y ejecutor de cada vida humana, sigue todavía envuelto en el misterio a pesar de los esfuerzos realizados por los biólogos para desentrañarlos, tan sutil y delicada es la trama que la caracteriza.

El medio, modelador enérgico y dinámico que se suma o contraría a las tendencias hereditarias.

Todo ésto, no es conocido. En los planos superiores del espíritu, hay estados de cosas que nos parecen nuevos, y lo nuevo en realidad es que recién adquirimos conciencia clara del problema.

Nuestro mundo interior en medio de todos esos modificantes internos y externos, nos recuerda esos ríos de corriente cálida que penetran en el mar con sus orillas bien definidas, casi sin mezclarse, llevando todavía perfume de selva en sus aguas y canturía propia en sus ondas y, que lentamente van perdiendo su caudal hasta confundirlo con el resto del mar.

Por eso afirmamos que a veces padecemos la ilusión de una libertad espiritual que no tenemos y que acaso tengamos por períodos más o menos largos y que la poseen en mayor grado algunos pocos seres privilegiados cuyas potencias anímicas les permiten sustraerse a la fuerte interacción psicológica que la vida en sociedad ejerce sobre cada sujeto.

Cada uno de nosotros en su tránsito por la vida deja dos legados: transmite a sus hijos algunas de sus características físicas y mentales y entrega a la humanidad sus inventos, sus concepciones morales, sus creaciones artísticas o intelectuales y algo más sutil todavía, la influencia que en mayor o menor grado hayan ejercido sus palabras, sus actos, sus pensamientos, en los procesos de interacción psicológica que caracterizan los fenómenos de la socialidad.

toda su magnitud, se dió en calcular lo enorme del esfuerzo que debe realizar quien quiere emanciparse de los moldes ya hechos, trastocar las formas y servirnos en purísimo vaso de egregia factura, la originalidad de su espíritu.

Son muy pocos los seres que tienen el raro privilegio de sustraerse a la fuerte interacción psicológica que la vida en sociedad ejerce sobre cada uno de nosotros. Padecemos la ilusión de una libertad espiritual que no tenemos o que acaso tengamos por períodos más o menos largos.

El más alto, perfecto y típico ejemplar de vida en toda su plenitud, individual y propia, sería aquel que recogiera las vibraciones e inquietudes del ambiente y las incorporara a su personalidad organizándolas aparte de ella, para tomarlas en cuenta y usarlas como instrumental en la elaboración de sus directivas personales.

Que fuera sólo un resonador para todas las aspiraciones externas, las creencias, los sueños aromados de belleza y de heroísmo que le llegaran a través del tiempo y del espacio.

Pero raras veces nos sucede así. Obedeciendo a esas sugerencias externas, reaccionamos incorporándolas totalmente a nuestro "yo" en forma inconsciente, exactamente igual como la superficie gigante del mar se apropia de la corriente del río.

Y es entonces, cuando empezamos a creer que pensamos y obramos libremente sin advertir que son otros, los que piensan y obran por nosotros.

A veces una generación entera piensa y obra en unos pocos hombres elegidos para ser el yunque donde se forja todo el pensamiento social de una época.

Es natural que en esos elegidos, hay también además de su fuerte personalidad, una síntesis de pensamientos y anhelos colectivos.

Si estudiáramos la vida de un hombre con la minuciosidad y la sutileza necesarias notaríamos en todo su significado la influencia de estos factores contrariando a veces, moderando otras, las directivas hereditarias.

Rodó aconseja dos únicos caminos para reivindicar esa libertad interior, para burlar esa sugestión del ambiente que deforma y anula gran parte de nuestra personalidad.

Y nos da dos modos de apartamiento: la soledad y los viajes.

Los viajes que nos alejan de los círculos sociales cerrados con idénticos intereses y problemas y nos inician en el conocimiento de otros aunque parezca paradójal, le dan alas al espíritu para que inicie su propio vuelo.

La soledad, necesaria a ratos, peligrosa si se prolonga porque nos coloca en un estado de ataraxia que nos inhibe para la acción, nos permite también hallar nuestra personalidad.

El estudio de los factores que limitan e intervienen en los procesos internos del pensamiento adquiere gran importancia para darnos los medios de fiscalizar la emisión de los mismos; además son instrumentos para la apreciación del problema y para crear las defensas necesarias contra los peligros que hemos esbozado.

También, defectos en el lenguaje, ignorancia de la técnica del mismo, en una palabra, todo aquello que tiene atinencia con la forma, interesa ser considerado. A veces, un pensamiento recto y preciso no logra ser traducido en todo su valor e integridad por carencia de forma adecuada. Otras, la riqueza y fluidez de ciertas expresiones encubren pensamientos erróneos o la ausencia total de sustancia.

Próximamente estudiaremos por separado cada uno de los aspectos enunciados de este problema.

LA HISTORIA

SU VALOR FORMATIVO E INFORMATIVO - SUS ERRORES Y LAS PROYECCIONES QUE TIENEN LOS MISMOS

Uno de los caracteres esenciales de toda disciplina científica, es estudiar hechos y establecer las leyes que los rigen sin preocuparse de las consecuencias que los mismos tendrán. La verdad fragmentaria y de valor siempre relativo que se obtiene con sus métodos de investigación, es objetiva e imparcial. La independencia científica en ese sentido, es tan ilimitada, que alguien ha dicho con justa razón que ella es amoral.

M. H. Poincaré en su obra "La Valeur de la Science", precisa claramente este aspecto propio de la ciencia: su despreocupación por las derivaciones éticas y por el contenido utilitario de sus conquistas.

La Historia, cuya colocación en la jerarquía de las ciencias no podemos negar, no ha adquirido en toda su integridad la independencia necesaria para desprenderse de sus errores de hecho, de sus hipótesis inverificables y del egocentrismo de los autores y tratadistas que obnubilan sus conclusiones.

Puede tener un gran valor informativo cuando se encara como ciencia descriptiva de la que también puede presentarse como modelo. La narración y descripción de los hechos, la pintura de los distintos ambientes y personajes, la exposición de las épocas y de los regímenes políticos y sociales que las singularizaron, en una palabra: todo lo que integra el acervo histórico, son elementos sustanciales de indudable valor, constituyen experiencia acumulada en la que apoyándose el sociólogo, el jurista y el economista, pueden

estructurar sus doctrinas, fundamentar sus leyes positivas o construir sus sistemas ahorrando a la Humanidad períodos más o menos largos de dolor o de miseria.

Así, vemos, que si la acción no es el fin inmediato de la ciencia, lo cierto es que al actuar, la tomamos en cuenta.

Por eso la Historia como disciplina del espíritu, tiene dos valores perfectamente definidos: uno informativo y otro formativo.

El conocimiento completo y justo del primero de ellos nos da los materiales —elemento objetivo— para alcanzar el segundo que es esencialmente subjetivo.

Como se advierte hay una estrecha dependencia y enlace entre ambos.

Puede afirmarse que en el desarrollo y formación del espíritu humano, los conocimientos históricos ejercen una influencia muy grande.

A cada paso el hombre, para fundamentar sus actitudes, cohonestar su conducta o justificar sus palabras, invoca como argumento decisivo situaciones y reacciones análogas que extrae de la historia. Nuestra misma sensibilidad, si no tiene suficientes defensas, cae en una especie de éxtasis o arrobamiento que llega a veces hasta la hiperestesia cuando la aroma el perfume de las leyendas o la sacude la música de las epopeyas.

Se necesita un gran poder de análisis y de discriminación para extraer su valor justo y aplicable, la lección de experiencia que nos brinda cualquier hecho histórico. En ese sentido es necesario crear verdaderas defensas orgánicas que nos permitan realizar una fiscalización rígida de los juicios ajenos y de los nuestros.

A pesar de conocer la incertidumbre, los errores y mentiras que encierra la historia, y, a pesar nuestro, ella continúa obsesionando nuestro cerebro y al colocarse en el plano de la conciencia, muchos de esos recuerdos lo hacen como verdades indiscutibles y en tal carácter condicionan y gravitan sobre nuestros juicios.

Es común presentar un hecho acaecido hace mil o dos mil años y de su experiencia en el caso de ser cierta la información que tenemos, actualizar las consecuencias. Hay

tal simplismo en ésto, que cuesta creer que nadie lo advierta. Un somero cotejo de las directivas políticas, filosóficas, económicas y sociales de las dos épocas, nos haría evidente el error. Y si pensamos que el pensamiento social y aún el de cada unidad humana ha cambiado y reacciona de distinta manera, nos resultará aún más errónea, si cabe, la comparación.

Posiblemente la primera tarea en parte emprendida ya por muchos escritores y tratadistas, sea la de purificar la historia de los errores de información que en ella existen, colocar en su verdadero plano el contenido creado por la fantasía o la leyenda; después habrá que cambiar la filosofía o lo que podríamos llamar el alma de la historia, renovarla dándole un sentido más humano verdaderamente amplio y superior a todos los odios de razas, de naciones y de partidos.

Cualesquiera sean las leyes generales que presidan esta revisión ella nos dará seguramente, en una visión armónica y de conjunto, el contenido informativo necesario para rehacer muchas de nuestras afirmaciones equivocadas por faltas cometidas en ese material primario elaborado en el transcurso de los siglos.

Los primeros historiadores, escritores antes que nada, no tuvieron, salvo excepciones, la preocupación de ser absolutamente veraces ni pensaron quizá en la trascendencia de sus obras. Se empeñaron especialmente en hacer sus descripciones brillantes y sus relatos amenos y bellos sacrificando, a menudo la exactitud a la elegancia del estilo y al interés del motivo.

Pensando así, y con este concepto de realizar obra literaria, Tito Livio confiesa que si se encuentra en presencia de dos soluciones posibles, elige preferentemente la más interesante o la más favorable al pueblo romano.

Estas palabras del ilustre historiador latino, autor de las "Décadas", patentizan también que la forma corriente que tenemos de considerar la historia es fundamentalmente egocéntrica.

Con una relativa estrechez de espíritu y una mezcla de vanidad y de patriotismo mal entendido, se da excepcional

importancia a lo que está más cerca y se menosprecia lo que pertenece a otros pueblos y razas.

Toda la historia empieza y termina por la del pueblo "elegido". Tal fué lo que en otro tiempo aconteció con el pueblo judío y con el chino.

No se piensa que las palpitaciones de cualquier célula de ese enorme organismo con que puede parangonarse la humanidad, se transmiten en todos los sentidos y que los pequeños ritmos locales se transforman a veces en oscilaciones más amplias.

A pesar de las deformaciones con que hoy se nos presentan algunos hechos por efecto de la lejana perspectiva de los siglos, nadie se atrevería a negar la influencia de la toma de Babilonia por Ciro, de las conquistas de Alejandro, de la batalla de Poitiers o de la Revolución Francesa en la estructuración del futuro de casi todos los pueblos. Lo que no siempre se advierte y con igual claridad, es la importancia que aún los acontecimientos más pequeños tienen en el sentido expresado. Pascal decía: "Si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta, toda la faz de la tierra habría cambiado."

Anatole France, en uno de sus "Ensayos" dice, refiriéndose también a la conocida descendiente de los Ptolomeos: "Cada vez que aquella singular reina abría los brazos, desencadenaba una guerra."

En efecto, si Cleopatra, mujer excepcional en muchos aspectos, no hubiese poseído la belleza resplandeciente y cautivante que tuvo, posiblemente Marco Antonio no se hubiera enamorado de ella, ni se hubiera malquistado con Octavio, ni el fin de ambos amantes no hubiera tenido el nimbo de grandeza trágica que tiene.

M. Renouvier, estudiando este mismo hecho, dice que posiblemente sin él, toda la Edad Media con su régimen teocrático y monárquico, hubiera podido evitarse.

Condorcet, en sus "Obras Completas" analiza también la estrecha solidaridad que presentan todos los acontecimientos humanos con estas bellas palabras: "En una existencia de un momento, sobre un punto del espacio, el hombre puede por sus trabajos abrazar todos los lugares, ligarse a todos

los siglos y obrar todavía largo tiempo, después que su memoria haya desaparecido de la tierra."

Si se estudian los sucesos históricos con un criterio valorativo exacto, siempre lograremos establecer la estrecha trabazón que hay entre ellos. Toda obra humana importante, todos los descubrimientos y conquistas de la ciencia, son siempre el resultado de la colaboración, del esfuerzo coordinado y armónico de muchos.

A veces, un hecho histórico nos parece fortuito o se nos presenta aparentemente como el resultado de un impulso genial aislado, pero si ahondamos el análisis, si penetramos en la raigambre profunda y sutil del mismo, advertimos que no es así, que son muchos los factores anteriores o concomitantes que directa o indirectamente han concurrido a su producción o lo han hecho posible.

Siempre surge la dependencia o enlace de unos hechos con otros.

El criterio egocéntrico que venimos analizando, le hace decir a Wells en su "Breve Historia del Mundo", que Jesús en la parábola del Buen Samaritano, "muestra su desdén para esa tendencia natural que todos tenemos de glorificar nuestro propio pueblo y menospreciar la rectitud de otras creencias y otras razas."

Es posible que aquel hombre abandonado y mal herido en medio del camino de Jerusalén a Jericó a quien desdeñan en su dolor el sacerdote y el levita que pasan a su lado, haya sentido en lo hondo de su espíritu la soledad y el vacío y, cuando el samaritano vendó sus heridas, apagó su sed y cuidó de él, haya comprendido también que a pesar de la rivalidad y de las diferencias que separaban a Judea de Samaria, existía un afecto más amplio que une a los hombres sin reparar en fronteras, en idiomas ni en razas, que está por encima de todo, y es la suprema razón de que en vida todos somos hermanos.

No sabemos si Jesús quiso expresar con la conocida parábola, además del recto significado de la misma, éste que Wells le atribuye, pero si se estudia su pensamiento siempre elevado y enjundioso a través de las versiones que poseemos, se llega sin dificultad a ella.

Si los estudios históricos, guiando el pensamiento de la humanidad en muchas de sus concepciones positivas en el orden económico y jurídico, hubieran seguido una orientación distinta a la que en general lo han caracterizado, es probable que se hubieran evitado muchas guerras y la siembra de odios y antagonismos que las mismas han efectuado como secuela obligada.

Es que la Historia tiene como ciencia un valor normativo extraordinario y en tal carácter, se debe cuidar no solamente de la exactitud de sus afirmaciones, sino evitarse que ellas surjan bajo la advocación de un subjetivismo extremado o de un moralismo unilateral.

El subjetivismo extremado deforma el contenido de los hechos y nos conduce a interpretaciones que además de estar desposeídas en la mayoría de los casos de la verdad que los mismos deben trasuntar, son peligrosas por el apasionamiento de sus afirmaciones tendenciosas que se presentan ante el espíritu desprevenido con la jerarquía y el valor de verdaderos apotegmas que no admiten discusión.

No siempre quien interpreta un hecho histórico, es dueño de la suficiente y necesaria serenidad para hacerlo, ni calcula en todas sus proyecciones la trascendencia que su palabra va a adquirir al ser leída. A veces sin quererlo, el historiador contribuye a integrar un fondo de conciencia colectiva equivocado, que va a gravitar sobre los hombres directivos y a traducirse en hechos que él no pudo entrever.

También desde el punto de vista normativo, interesa mucho distinguir el valor del no-valor. Hay sucesos y protagonistas que estudiados con determinado criterio, no ofrecen a la consideración de sus semejantes, valores de ninguna especie pero, adornados por la leyenda, por el desconocimiento de los bajos determinantes a que obedeció su conducta y presentados en forma deslumbrante por un escritor, adquieren una alcurnia que no les corresponde.

Sólo sería criticable ésto, desde el punto de vista de la justicia histórica sino se pensara que trastroca generalmente las grandes líneas a que obedece la evolución y sus relaciones causales o teleológicas.

No debe olvidarse que la historia, tiene su filosofía que

no es sintéticamente otra cosa que la interpretación de los destinos mundiales a través de sus cambiantes acontecimientos.

Así, vemos los historiadores de la teocracia, juzgar a los hombres con el criterio de su época. Cambia ésta con el advenimiento de la monarquía, el entronizamiento de la aristocracia, o el triunfo de la burguesía y se altera también la concepción que se tenía de los hombres y de los hechos.

En historia, como en todos los conocimientos, no se puede descuidar ninguna de las dos visiones que los mismos nos ofrecen: una horizontal y otra de profundidad.

La primera nos da la noción de conjunto con sus procesos más salientes enlazados por la trama de los acontecimientos principales a manera de red por dónde circulan los hombres, sus pasiones, sus errores, sus determinantes altruistas o mezquinos.

Sólo la visión en profundidad con el estudio particularísimo de los elementos que integran esa red, nos muestra si su recorrido es exacto.

Quizá comprendiendo el valor normativo que esta vida encierra, Montesquieu y Maquiavelo primero y Voltaire, más tarde, al crear la Filosofía de la Historia, la presentaron con un fin utilitario y pensaron que su estudio indujese a los hombres a seguir los buenos ejemplos que ella presentaba, a huir de los malos y a continuar el progreso.

En realidad, siempre es posible deducir de ella reglas de conducta para el presente y para el porvenir.

Se han empeñado muchos historiadores en descubrir si la marcha particular de los grupos humanos o la general de la especie, se efectúa al azar o ella obedece a ciertas leyes regulares y precisas que determinarían el llamado ritmo histórico. En ese sentido son muchas las hipótesis construídas. Algunos, como Vico en su "Scienza Nuova" nos habla del "corsi" y "ricorsi", es decir, movimientos progresivos y regresivos alternados que caracterizarían la evolución de las sociedades; otros como Ferrari han intentado hallar una ley de semejanza.

Es en realidad otro peligro en que cae el historiador que pretende encasillar en determinada hipótesis todo un proceso

humano muy difícil de armonizar con la rigidez de las clasificaciones. Se incurre con esta manera de proceder, en el conocido paralogismo de resultar dirigido el pensamiento en su parte más noble, por la artificiosidad de clasificaciones establecidas "a priori".

Todos estos conceptos arbitrarios y reducidos de la historia, están en contradicción evidente con la realidad misma de la vida que es esencialmente cambiante, que exige amplitud de miras, mancomunidad de esfuerzos, solidaridad para el triunfo y fraternidad en el dolor.

Como finalidad normativa de ella, debemos procurar que nos enseñe a amar, a respetar y a comprender el esfuerzo de cada miembro de la colmena social y a que sintamos bien hondo lo que Sully - Prudhomme trasvasó en sus versos conmovedores y melancólicos con que interrogó todos los enigmas del mundo y del destino:

"Que el hombre del hombre necesita".



TIPOGRAFÍA ATLÁNTIDA - ZABALA 1376 - MONTEVIDEO